

ALFONSO REYES Y SU VISIÓN DE ANÁHUAC

I

Allá por enero de 1923, se inauguró en Madrid, casi a la vez que el año, y con un libro de Alfonso Reyes, la biblioteca de "Índice". Esta biblioteca —"de definición y concordia"— la definía y concordaba el espíritu de un poeta extraordinario —Juan Ramón Jiménez—, que supo dar así, naturalmente, con elegancia andaluza, cordiales y generosas albricias al sutil lírico mejicano que era portador de tan felices nuevas. El libro de Reyes —su *Visión de Anáhuac*— no era un libro inédito. Escrito y concluso en Madrid —1915—, vio la luz, dos años más tarde, como sabroso pábulo de "El convivio", de San José de Costa Rica. Pero, al renacer en Madrid, bajo los auspicios de "Índice", la afortunada criatura escuchó y miró, con oídos y ojos de infante precoz y avisado, cómo se le volvía a festejar y agasajar por su nuevo natalicio. Nada más lógico. Ya evidente su viabilidad, conservaba la frescura y la ternura prístinas. Y, como un perfecto recién nacido, se incorporó ostensiblemente a la literatura española.

No hay por qué retrotraerse, con pormenores meticulosos y eruditos, hasta la crítica, más o menos sagaz y lúcida, de que fue objeto, en España y fuera de España, este breve, sabroso y minucioso poema que nos restituye cabalmente, con la habilísima ponderación de las fórmulas que lo integran, la realidad perdida, es decir, *historificada*, de un paisaje y un existir vírgenes y tan remotos, que únicamente, desde entonces, merced a la *Visión de Anáhuac*, se encuentran al alcance de nuestra fantasía, como re-creación contigua e indeleble. Importa, sí, referirse a un parecer unánime. Entre los lectores y comentadores enterados y de buena fe no hubo discrepancia. Todos convinieron en que el libro de Reyes era —precisamente por su efusión y escrupulosidad históricas— un libro de acendrada poesía. Y pudo advertirse algo más, aunque entonces no se advir-

tiera: que la *Visión de Anáhuac* (poema genesíaco, donde se descubre o se crea, a la vez que el valle histórico de ese nombre, perpetuo nómada de las reminiscencias legendarias, un cántico peculiarísimo, originalísimo, que pacta con la erudición, con el conocimiento exacto de los hechos, y no para documentarse y renegarse después en el cultivo del *palimpsesto* o pasión enfermiza y pseudo-reivindicatoria de garrapatear sobre lo escrito, sino para asentarse legítimamente en el verbo originario y en la exactitud primigenia) venía a ser, al conseguirse como se consiguió, el módulo inicial de una nueva poesía.

No creo que incurra en hipérbole. Soy poco dado a desapoderarme y desmedirme en apreciaciones puramente subjetivas y de tipo descomunal. A despecho de mi enjundia herética, mis herejías son, por lo común, razonables, y sólo la razón las condiciona. Acostumbro a probar inequívocamente mis asertos.

... Pero atengámonos a la *Visión de Anáhuac*. Y, en primer término, a lo más visible de esta visión ejemplar. La peregrinación es sobremanera gozosa. Conducidos por el autor, arribamos, sin que su exuberante minuciosidad lírica nos ofusque, "a la región más transparente del aire". ¿Cómo se descubre la maravilla virgen? Con mirada atónita, que propende a exagerar —a magnificar— lo que descubre. Como pudo ver 'Andrenio', el de los ojos recién nacidos, ese sobrecogedor espectáculo, ese estupefaciente alarde de su primer orto de sol. Pero Reyes no avanza escotero, como un autodidacto. Se empareja con el "diligente" Giovanni Battista Ramusio, cuyo libro *Delle Navigazioni e Viaggi* les sirve de bordón. Después, aquí y allí, los cronistas de Indias y los eruditos y arqueólogos de ahora, coadyuvarán a hacer perfectas, con una autoridad de orden científico, las inefables e infalibles enumeraciones arqueológicas de Alfonso Reyes. Porque en esas enumeraciones arqueológicas, que no son de índole whitmaniana, es donde apuntan, todavía coherentes o unidos por el hilván de la sintaxis, los vagidos evocadores, nostálgicos y autónomos de una feliz poesía impura, que

sobrelleva purísimamente las vicisitudes nunca explícitas de la anécdota y que asume, en todos los sentidos, una actitud heroica.

¿Qué es lo que nos descubre la *Visión de Anáhuac*? En la sazónada recreación de Alfonso Reyes, ¿se advierte quizá, junto a la avidez y delectación enumerativas del poeta, cómo éste, al absorberse, por lo retrospectivo, en la contemplación de un nuevo mundo, de la Nueva España, “se desborda del cauce clásico”, y también en sus apuntes “el hecho político cede el puesto a los discursos etnográficos y a la pintura de civilizaciones”? Yo diría que se esboza, como diseño sutil, como insinuación tácita, esta ineludible tendencia.

Pero oigamos al erudito evocador:

“En sus estampas, finas y candorosas, según la elegancia del tiempo (1), se aprecia la progresiva conquista de los litorales; barcos diminutos deslízanse por una raya que cruza el mar; en pleno océano, se retuerce, como cuerno de cazador, un monstruo marino, y en el ángulo irradia picos una fabulosa estrella náutica. Desde el seno de la nube esquemática, sopla un Eolo mofletudo, indicando el rumbo de los vientos —constante cuidado de los hijos de Ulises. Vense pasos de la vida africana, bajo la tradicional palmera y junto al cono pajizo de la choza, siempre humeante; hombres y fieras de otros climas, minuciosos panoramas, plantas exóticas y soñadas islas. Y en las costas de la Nueva Francia, grupos de naturales entregados a los usos de la caza y la pesquería, al baile o a la edificación de ciudades” . . . “Finalmente, las estampas describen la vegetación del Anáhuac. Deténganse aquí nuestros ojos: he aquí un nuevo arte de natuarleza”.

Y, a seguida, el legítimo regodeo autóctono de este peculiar y entrañable mejicano, que se recreó o recreó en las ásperas ternuras de Madrid y en las amables indiferencias de la capital de Francia.

“La mazorca de Ceres y el plátano paradisíaco, las pulpas frutales llenas de una miel desconocida; pero sobre todo, las plantas tí-

(1) Reyes nos habla aquí del libro de Giovanni Battista Ramusio.

picas: la viznaga mexicana —imagen del tímido puerco espín—, el maguey (del cual se nos dice que sorbe sus jugos a la roca), el maguey que se abre a flor de tierra, lanzando a los aires su plumero; los “órganos” paralelos, unidos como las cañas de la flauta y útiles para señalar la linde; los discos del nopal —semejanza del candelabro— conjugados en una superposición necesaria, grata a los ojos —todo ello nos aparece como una flora emblemática, y todo como concebido para blasonar un escudo . . .”

“Esas plantas protegidas de púas nos anuncian que aquella naturaleza no es, como la del Sur o las costas, abundante en jugos y vahos nutritivos. La tierra de Anáhuac apenas reviste feracidad a la vecindad de los lagos. Pero, a través de los siglos, el hombre conseguirá desecar sus aguas, trabajando como castor; y los colonos devastarán los bosques que rodean la morada humana, devolviendo al valle su carácter propio y terrible. En la tierra salitrosa y hostil, destacadas profundamente, erizan sus garfios las garras vegetales, defendiéndose de la seca”.

... “Lo nuestro, lo de Anáhuac, es cosa mejor y más tónica. Al menos, para los que gusten de tener a toda hora alerta la voluntad y el pensamiento claro. La visión más propia de nuestra naturaleza está en las regiones de la mesa central: allí la vegetación arisca y heráldica, el paisaje organizado, la atmósfera de extrema nitidez, en que los colores mismos se ahogan —compensándolo la armonía general del dibujo, el éter luminoso en que se adelantan las cosas con un resalte individual; y, en fin, para de una vez decirlo en las palabras del modesto y sensible fray Manuel de Navarrete:

Una luz resplandeciente
que hace brillar la cara de los cielos”.

“Ya lo observaba un grande viajero, que ha sancionado con su nombre el orgullo de la Nueva España; un hombre clásico y universal como los que criaba el Renacimiento, y que resucitó en su siglo la antigua manera de adquirir la sabiduría viajando, y el hábito de escribir únicamente sobre recuerdos y meditaciones de la

propia vida: en su *Ensayo Político*, el barón de Humboldt notaba la extraña reverberación de los rayos solares en la masa montañosa de la altiplanicie central, donde el aire se purifica”.

“En aquel paisaje, no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad, por donde los ojos yerran con discernimiento, la mente descifra cada línea y acaricia cada ondulación; bajo aquel fulgurar del aire y en su general frescura y placidez, pasearon aquellos hombres ignotos la amplia y meditada mirada espiritual. Extáticos ante el nopal del águila y de la serpiente —compendio feliz de nuestro campo— oyeron la voz del ave agorera que les prometía seguro asilo sobre aquellos lagos hospitalarios. Más tarde, de aquel palafito había brotado una ciudad, repoblada con las incursiones de los mitológicos caballeros que llegaban de las Siete Cuevas —cuna de las siete familias derramadas por nuestro suelo. Más tarde, la ciudad se había dilatado en imperio, y el ruido de una civilización ciclópea, como la de Babilonia y Egipto, se prolongaba, fatigado, hasta los infaustos días de Moctezuma el doliente. Y fue entonces, cuando, en envidiable hora de asombro, traspuestos los volcanes nevados, los hombres de Cortés (“polvo, sudor y hierro”) se asomaron sobre aquel orbe de sonoridad y fulgores —espacioso circo de montañas”.

Alfonso Reyes es hombre de palabra expedita. Sus felices habladeras o despachaderas vienen a suplir los comentarios que la asombrada taciturnidad de Bernal Díaz del Castillo —“No sé cómo lo cuenta”— nos escamoteó tal vez por boquiabrirse demasiado, quizá por falta de pericia. Sea como fuere, el poeta de la *Visión de Anáhuac* es hombre disertado. Y aunque su verba no es descosida, como la locuacidad del que charla por los codos, he aquí lo que nos cuenta y nos canta, apelando al testimonio ajeno —Humboldt, Gómara, Cortés, Bernal Díaz, etc., etc.—; pero con voz propia: “El pueblo se atavía, con brillo, porque está a la vista de un gran emperador. Van y vienen las túnicas de algodón rojas, doradas, recamadas, negras y blancas, con ruedas de plumas super-

puestas o figuras pintadas. Las caras morenas tienen una impavidez sonriente, todas en el gesto de agradar. Tiemblan en la oreja o la nariz las arracadas pesadas, y en las gargantas los collaretes de ocho hilos, cascabeles y pinjantes de oro. Sobre los cabellos, negros y lacios, se mecen las plumas al andar. Las piernas musculosas lucen aros metálicos, llevan antiparas de hoja de plata con guarniciones de cuero —cuero de venado amarillo y blanco—. Suenan las flexibles sandalias”.

“Tres sitios concentran la vida de la ciudad . . .” “Uno es la casa de los dioses, otro el mercado y el tercero el palacio del emperador”.

“El templo mayor es un alarde de piedra. Desde las montañas de basalto y de pórfido que cercan el valle, se han hecho rodar moles gigantescas. Pocos pueblos —escribe Humboldt —habrán removido mayores masas”.

“Los gigantescos ídolos —afirma Cortés— están hechos con una mezcla de todas las semillas y legumbres que son alimento del azteca”.

“Se hallan en el mercado —dice Cortés— *todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra*. Y después explica que algunas más, en punto a mantenimientos, vituallas, platería”.

“El zumbar y ruido de la plaza —dice Bernal Díaz— asombra a los mismos que han estado en Constantinopla y en Roma. Es como un mareo de los sentidos, como un sueño de Brueghel, donde las alegorías de la materia cobran un calor espiritual”.

No se me reproche como prolijidad el número y la extensión de las citas. En todo el texto que se transcribe nada hay excusable o que huelgue. La *Visión de Anáhuac* es una enumeración precisa y suntuaria de la belleza autóctona. No vamos a mutilar un panorama tan espléndidamente enterizo; no vamos a sigilar los usos y el atuendo de los aborígenes; sería reprobable que la vegetación del

Anáhuac, enérgica flora de erizadas púas, resbalace, como excrecencia blandengue, por una sensibilidad curiosa y aún no atrofiada por esa convencional molicie que se atribuye paradójicamente al *vivir europeo*. Por mi gusto, reproduciría, palabra tras palabra, todas las que integran este jugoso y breve estudio poético.

Después, Reyes nos conduce, con emoción nostálgica, a la presencia del áureo y doliente Moctezuma. La fábula de Midas —el mito un sí es no es báquico, que atribuyó al rey de Frigia la facultad de convertir en oro todo lo que tocaba, funesto don al que supo renunciar oportunamente, bañándose, por indicación de Baco, en el Pactolo —se desenlaza cruelmente, como realidad histórica, con el triste fin del emperador Moctezuma. Porque el emperador Moctezuma, que se dejó morir de hambre, sí fue una víctima absoluta del maleficio del oro. Sus riquezas lo empobrecieron. Su poder sin límites se apoderó suspersticiosamente de su ánimo imperioso. La vastedad de sus dominios le dominó, subyugándole. El cacique avasallador “¿quién no es su vasallo?” —vino a caer en la servidumbre que le depararon la intrepidez y la osadía de unos españoles aventureros. Por eso, en la exaltación de la magnificencia y munificencia del gran Moctezuma, en el ditirambo de sus fastuosos esplendores, diríase que el subconsciente del evocador segrega, como quejumbres, como lamentaciones viriles que no desfallecen en jeremiada, unos trémolos de elegía:

“El emperador tiene contrahechas en oro y plata y piedras y plumas todas las cosas que, debajo del cielo, hay en su señorío”. “Si hay poesía en América —ha podido decir el poeta— ella está en el gran Moctezuma de la silla de oro. Su reino de oro, su palacio de oro, sus ropajes de oro, su carne de oro. —El mismo, ¿no ha de levantar sus vestiduras para convencer a Cortés de que no es de oro?— Sus dominios se extienden hasta términos desconocidos . . .”

“Los señores de todas esas tierras lejanas residen mucha parte del año en la misma corte, y envían sus primogénitos al servicio de

Moctezuma. Día por día acuden al palacio hasta seiscientos caballeros, cuyos servidores y cortejo llenan dos o tres dilatados patios y todavía hormiguean por la calle en los aledaños de los sitios reales. Todo el día pulula en torno al rey el séquito abundante, pero sin tener acceso a su persona. A todos se sirve de comer a un tiempo, y la botillería y despensa quedan abiertas para el que tuviere hambre o sed . . .”

“Quitada la mesa, ida la gente, comparecían algunos señores, y después los truhanes y jugadores de pies”.

“Moctezuma *vestíase todos los días cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas, y nunca más se las vestía otra vez. Todos los señores que entraban en su casa no entraban calzados*, y cuando comparecían ante él, se mantenían humillados, la cabeza baja y sin mirarle a la cara”.

“*Cuando salía fuera el dicho Moctezuma, que eran pocas veces, todos los que iban con él y los que topaba por las calles le volvían el rostro, y todos los demás se postraba hasta que él pasaba* —nota Cortés. Precedíale uno como lictor con tres varas delgadas, una de las cuales empuñaba él cuando descendía de las andas. Hemos de imaginarlo cuando se adelanta a recibir a Cortés, apoyado en brazos de dos señores, a pie y por mitad de una ancha calle. Su cortejo, en larga procesión, camina tras él formando dos hileras, arrimado a los muros. Precédenle sus servidores, que tienden tapices a su paso”.

“Dentro y fuera de la ciudad tiene sus palacios y casas de placer, y en cada una su manera de pasatiempo”.

“Cuatro veces el Conquistador Anónimo intentó recorrer los palacios de Moctezuma: cuatro veces renunció, fatigado”.

¿Y la poesía indígena mejicana? Reyes no gusta de engañarse con paliativos o consolaciones pueriles. Reconoce su pérdida sin remedio. Reconoce asimismo que no le es difícil a la erudición